

# Miguel León-Portilla

## La tinta negra y roja de la poesía náhuatl

Miguel Ángel Flores

Durante la última etapa del Porfiriato surgieron algunos aficionados a la arqueología que intentaron dar una imagen de cómo habían sido los edificios de las ciudades prehispánicas. Hubo exploradores, extranjeros en su mayoría, que nos dejaron ilustraciones de las ruinas de las antiguas civilizaciones que florecieron en lo que ahora es el territorio de nuestro país. Los arqueólogos (de alguna manera hay que llamarlos) rescataron esas ruinas, se propusieron restituir los volúmenes y dar una imagen de su esplendor original. Faltaba metodología, investigación y conocimiento de un pasado histórico para contextualizar lo que en su mayor parte eran muros rotos por la vegetación y el abandono, piedras dispersas y polvo. A los estudiosos les faltaban “estudios”. Habían sobrevivido crónicas de los conquistadores que hablaban con asombro de los centros urbanos de aquellas civilizaciones. Pero parecían más ficción que testimonios del adelanto que habían alcanzado en ciertos renglones del conocimiento las poblaciones que vivían en los territorios que los conquistadores habían hecho suyos.

Hubo que esperar hasta la Revolución Mexicana para adquirir una idea de lo que en verdad habían sido esas civilizaciones y culturas. Su grado de complejidad social y artística aún nos sigue maravillando. En las primeras etapas de los programas culturales de los gobiernos posrevolucionarios ocuparon un lugar destacado el rescate y la valoración de nuestro pasado prehispánico. La arqueología avanzó relativamente rápido, se reconstruyeron centros ceremoniales, se corrigieron los errores de los arqueólogos aficionados del Porfiriato. El muralismo incorporó a su imaginario la gloria y el esplendor de las antiguas culturas; se hizo, en suma, una revaloración de nuestro pasa-

do prehispánico que se convirtió en política de Estado. La mejor expresión de lo anterior fue el Museo de Antropología. No fue hazaña menor si se considera que antes del siglo XX se veía con desprecio ese pasado. El trauma de la Conquista no ayudaba a ponderarlo con serenidad. Un ilustre intelectual del porfiriato (Federico Gamboa) tenía un juicio bastante negativo de esa población que aún llamamos india. Escribió en su diario: “Los indios, nuestros ancestros, ¿de cuántas razas no provenían?... La ojeada más superficial y profana a la *Carta etnográfica de México* que acompaña a la obra magistral *Geografía de las lenguas* de don Manuel Orozco y Berra [...] turulatos nos deja en cuanto a pluralidad de razas aborígenes”. A continuación el autor de *Santa* redacta una lista de esas razas, entre ellas, la otomí, mixteca-zapoteca, tarasca, seri, apache, y señala: “¿Cómo sobre cimientos semejantes, edificar una república?”.

La tarea del rescate se había concentrado en sus construcciones de todo tipo. Y así nos quedó claro que fueron dueños indiscutibles de una gran destreza arquitectónica y que expresaron su mitología en murales de notable colorido y trazo. Pero había quedado en una zona difusa su genio lingüístico. A las lenguas de esos pueblos conquistados se les colocaba en un rango de mucha inferioridad frente al idioma de los conquistadores. Es un capítulo curioso de nuestra historia: los evangelizadores, los frailes españoles, dieron muestra en su relación con las lenguas aborígenes de su genio como lingüistas. Lograron una adecuada simbolización de sus sistemas fonéticos y desentrañaron sus estructuras. Pero al considerárseles inferiores, porque eran los medios de comunicación de razas inferiores, no podía pensarse que esas lenguas eran capaces de

expresar toda una visión del mundo como lo hacía el español, y que además pudiera existir la poesía en esos ámbitos lingüísticos.

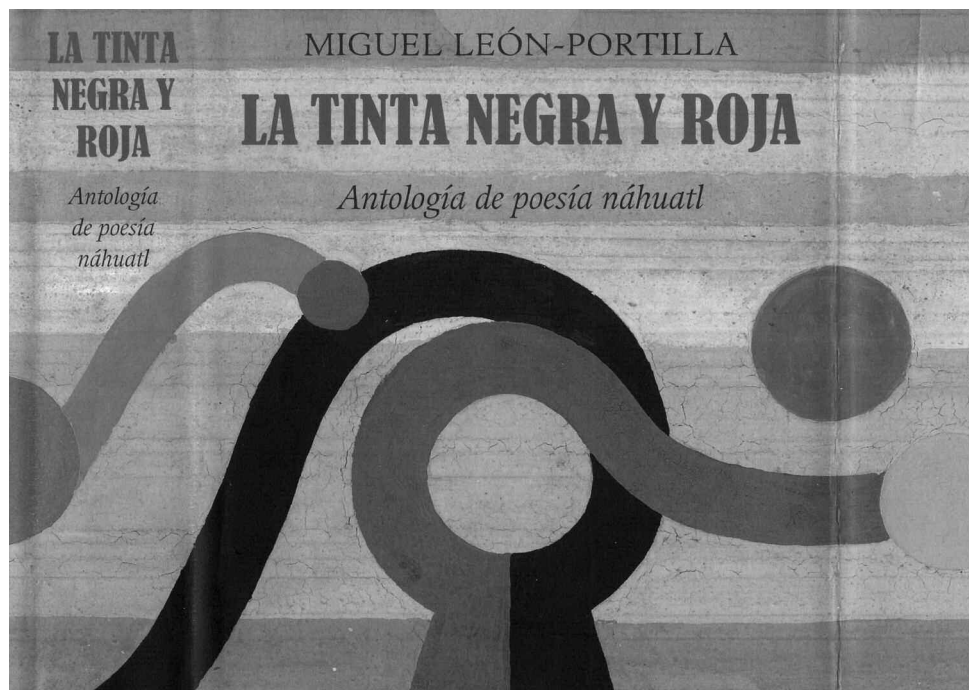
A Miguel León-Portilla ha tocado la tarea de rescatar de nuestra herencia cultural la expresión escrita de una de esas razas a las que se refería Gamboa: la náhuatl. Verdadera autoridad entre autoridades, a León-Portilla debemos cuanto sabemos de la literatura del pueblo náhuatl. Su empeño por estudiar a ese pueblo ha dado frutos propios de un sabio. Sabiduría es lo que ha sabido transmitirnos don Miguel, quien nunca ha dejado de reconocer su deuda con su guía y antecesor en los estudios náhuatl: Ángel María Garibay. Los vencedores no triunfan únicamente con la espada: su triunfo, para ser total, requiere no sólo de la derrota sino de la humillación, de la negación del otro que se traduce en el desprecio a su lengua. Los vencidos quedan sin voz, y muchas veces sin identidad, sin rostro reconocible. ¿Cómo vieron los vencidos su derrota? ¿Cómo expresaron su sufrimiento y humillación? A estas dos preguntas trató de dar respuesta León-Portilla estudiando las fuentes documentales y restituyéndole su verdadero valor a la palabra del pueblo náhuatl. Así elaboró un libro ya clásico: la *Visión de los vencidos*. Pero sus estudios han sido amplios y se han extendido por las diferentes etapas del pueblo náhuatl. Y así nos enteramos de que en los códices nahuas no sólo hubo palabras para expresar el lamento sino que, como en todo pueblo, se habló de amor, de amistad, de la naturaleza, de la palabra sagrada, del deseo sexual, de los asuntos cotidianos. En León-Portilla tenemos al gran traductor de la lengua náhuatl. Tomando como punto de partida sus estudios sobre esta lengua, los poetas Coral Bracho y Marcelo Uribe han recopilado las ci-

tas que se refieren a expresiones poéticas y con ellas han armado el libro *La tinta negra y roja: Antología de la poesía náhuatl*. Ambos poetas explican así la tarea que han realizado: “El mundo náhuatl no participa de la noción de poema tal como se concibe en Occidente. Los poemas de esta edición provienen de pasajes del corpus de manuscritos nahuas que forman parte integral e inseparable de una compleja cosmovisión que se entreteje con ellos”. Más adelante señalan una característica muy importante del trabajo que ha realizado León-Portilla al estudiar los documentos nahuas:

La mayor parte de los textos que forman esta antología han sido de algún modo *construidos* en español por él, pero en cierta forma también en náhuatl, en la medida en que los ha extraído de un corpus que no siempre los distingue como textos separados o independientes y en el cual, al menos en su expresión gráfica, no existe la noción de verso [...] No existe, pues, un corpus fijo y cerrado que pueda denominarse poesía náhuatl, sino momentos dentro de un conjunto de códices, manuscritos y transcripciones que de un modo u otro han llegado hasta nosotros. En ellos es donde la poesía náhuatl ha permanecido dormida y oculta, y de ellos la ha entresacado Miguel León-Portilla.

Al prólogo de Coral y Uribe sigue una introducción de León-Portilla. Ésta es precisa en su brevedad y revela el conocimiento profundo y la erudición del traductor y estudioso, pero nos quedamos con la impresión de que no basta esa brevedad. Si bien nos ilustra con precisión sobre cómo funciona la lengua náhuatl, tan lejana de la nuestra, según lo han apuntado los prologuistas, hace falta una explicación más detallada sobre sus mecanismos. Algo semejante a lo que François Cheng hizo en su introducción a la lengua poética china.

Explica León-Portilla que la tinta negra y roja era la que utilizaban los artistas nahuas en la elaboración de sus pinturas y escrituras jeroglíficas, a quienes se les conocía con el nombre de tlahcuilos. La temática, como se apuntó ya, de los códices y manuscritos que han sobrevivido es muy variada y en el libro que nos ocupa se presentan ejemplos de ella, y se da, en notas



finales, explicaciones de en qué consisten. En cuanto a las técnicas de composición de los “versos” nahuas, a los que también con propiedad se les puede llamar cantos o cármenes, si se prefiere, el rasgo más destacado es el de las expresiones paralelas, “en las que se reitera una misma idea, pero enriqueciéndola con diferentes matices. Además de las frases y oraciones paralelas, deben mencionarse los *difrasismos* que [...] se integran con dos vocablos de cuyo acercamiento brota un concepto que ilumina lo que se quiere significar”. Así, un ejemplo de difrasismo lo ofrece el traductor con la expresión *in xochitl, in cuicatl*, literalmente “flor, canto”, con el que se alude a la poesía, el arte y la belleza. Este recurso estilístico recuerda, en algún modo, el procedimiento que sigue la poesía china de reunir elementos aparentemente desvinculados a los que el lector dota de un significado preciso. Rasgo importante de la poesía es el hecho de que “se entonaba al son de la música en las fiestas con la participación de la comunidad a lo largo del año solar”. Es decir, como la poesía de otros ámbitos culturales, o de todos ellos en una antigüedad ya muy remota, la medida y el ritmo constituyen su esencia. No debe dejarse de mencionar que la poesía náhuatl, y este aspecto lo subraya el traductor, es aún una lengua viva, y apuntemos por nuestra parte, que sus hablantes del altiplano de nuestro país la llaman “mexicano”.

Un ejemplo de esta poesía nos dará una idea de la forma de versificación de los nahuas, de la excelencia como traductor de Miguel León-Portilla, y de las metáforas que los escribas imaginaban con gran acierto y belleza. El poema pertenece a la sección “Artistas y sabios” y se intitula “El cantor”:

El buen cantor, de voz educada,  
Recta, limpia es su voz,  
Sus palabras firmes  
Como redondas columnas de piedra.  
[...]  
El mal cantor: suena como campana rota.

Para concluir, escribamos aquí nuestro elogio al trabajo de ilustración que ha realizado Vicente Rojo. Inspirándose en los códices nahuas, basado en la simplificación de las formas, y manejando de forma soberbia (parece no existir otro adjetivo en este caso) el color, imbuido de la abstracción de las formas prehispánicas, Rojo compagina su obra con el espléndido trabajo de León-Portilla. Y a ambos hace justicia el extraordinario trabajo de producción editorial en la que ha participado la casa editorial española Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores. **U**

Miguel León-Portilla, *La tinta negra y roja: Antología de poesía náhuatl*, imágenes de Vicente Rojo, selección de Coral Bracho y Marcelo Uribe, ERA/El Colegio Nacional/Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, México, 2008.